



PLAZA DE LA REFORMA. MÉXICO.

Lleva este nombre majestuoso la Plaza anchurosa adonde desemboca por un extremo la Avenida Juárez, corriente del más animado tráfico comercial de la metrópoli, y por el extremo opuesto la gran Calzada, llamada también de la Reforma, paseo el más aristocrático de la Capital, por cuyas enarenadas avenidas desfilan los trenes más suntuosos y se admiran á todas horas del día, ocupando elegantísimos carruajes, á las damas que son ornamento valiosísimo de la alta sociedad mexicana.

El aspecto de la Plaza de la Reforma es verdaderamente majestuoso. Afluyen á ella, por todos lados, anchas y orgullosas avenidas que le aportan el movimiento más activo, en incesante desfile de vehículos y transeúntes. Sobre su bruyido asfalto no cesan los trenes más fastuosos de rodar día y noche; cierran sus contornos espléndidos palacios; hacia el Poniente, proyectase desde aquí, mejor que desde otro sitio alguno, la elegantísima perspectiva de la Reforma, interrumpida por magníficas gloriets, donde se alzan grandiosos

monumentos. Cerrando al extremo término tan maravillosa perspectiva, dibújense en lontananza las almenas arrogantes del Castillo de Chapultepec, nimbado de gloria, y sobre cuyos torreones, las nubes suelen fingir á la distancia fantásticos arboles, que parecen á la imaginación, las nubes del combate y la humareda de la batalla.

Al centro de esta hermosísima Plaza parece arrancarse de su pedestal la portentosa estatua del rey Carlos IV, obra asombrosa de estatuaria, que se debe al genio de Tolsa, y conservada en la República, á pesar de haber sido erigida en la época de la dominación hispana, á causa de su extraordinario mérito artístico, que hace de ella uno de los más hermosos monumentos ecuestres del mundo entero.

Es imposible dar una idea de la hermosura de la Plaza de la Reforma, en las horas del atardecer, cuando la arrogante estatua se recorta poderosamente contra la lámina de oro del Ocaso.



ESTATUA DE CARLOS IV. MÉXICO.

Quiso el marqués de Branciforte, virrey de Nueva España, alzar un monumento consagrado al monarca que entonces gobernaba los dominios donde el sol jamás se ponía, y si no logró glorificar la memoria de aquel rey apocado, si fué causa de que se esculpiese uno de los más bellos monumentos de estatuaria de que se enorgullece el mundo, y fué la primorosa estatua ecuestre, modelada por Tolsa, que se levanta en medio de la magnífica Plaza de la Reforma. Sobre colosal caballo de bronce, admírase la figura del monarca español en traje de César, y tal parece, por la vida y movimiento que animan al bronce, que aquella grandiosa figura va á avanzar llena de majestad, ante los extasiados ojos de la multitud. No menos de cuatrocientos cincuenta quintales de bronce fueron fundidos en esta obra, siendo la fundición hecha de una sola vez y en una sola masa, trabajo de alto mérito que se debe al operario indígena D. Salvador de la Vega. Después, Tolsa se dedicó, durante dos años, al pulimento de

la estatua. Imposible imaginar, sin haberla contemplado, la arrogancia y grandeza de esta figura. El nobilísimo bruto está magníficamente tratado; su pezuña oprime el carcaj indígena, símbolo del vencido poder de los aztecas; su cuello se enarca elegantísimamente; su inteligente cabeza aparece llena de vida, y avanza con tan resuelto paso, que es maravilla no verlo desprenderse del pedestal de piedra sobre que se asienta. Sobre él, la figura del monarca tiene la magnificencia propia de los Césares; parece un severo Tito ó un imperioso Vespasiano, que en la serena frente esconde los destinos del universo. Se ha dicho que, por el mérito artístico, ocupa esta figura ecuestre el tercer lugar entre las otras estatuas de esta clase repartidas por el mundo.

Es, sin disputa, la obra suprema del genio mayor que la arquitectura y la estatuaria han conocido en México, del genio de Tolsa.



INSTITUTO GEOLÓGICO NACIONAL. MÉXICO.

País eminentemente geológico como lo es México, ameritaba la creación de un Instituto de Geología completo, y por fortuna lo posee en la Institución cuyo nombre encabeza este relato, Institución que es quizá el primero de los centros científicos del país. Su organización es completamente seria y adecuada al objeto que persigue. El personal, de lo más técnico que hay en el país. Ocupase, actualmente, en la formación de la carta Geológica de México, obra monumental que contendrá todos los datos utilizables acerca del suelo. Se divide el Instituto en secciones de mineralogía, geología estratigráfica, química, metalurgia, topografía y dibujo. Algunas de estas secciones ya tienen importantes colecciones. Las rocas examinadas micrográficamente pasan de 3,000, como era de esperarse en un país metalúrgicamente tan rico, como México.

El Instituto publica un importante Boletín que contiene serios y concienzudos estudios;

lo consultan con fruto hombres de ciencia del mundo entero. El año de 1906 se verificó en México un Congreso Geológico mundial, con el concurso de sabios eminentes de Europa. Este Congreso es el acontecimiento científico más importante de los ocurridos últimamente en la República.

En el personal del Instituto figuran geólogos tan notables como el señor Don José Aguilera, Don Ezequiel Ordóñez, Don Emilio Böse, Don Rafael Aguilar y el químico señor Villarelo.

El edificio del Instituto, que aparece en la vista, fué inaugurado en 1902. Es una bella construcción de fachada de piedra, elegante pórtico, amplias escaleras y bien distribuido interior, en el que se encuentran departamentos de colecciones, de química, biblioteca, etc.



AVENIDA DEL 16 DE SEPTIEMBRE. MÉXICO

La Avenida que, partiendo del ángulo S. O. de la Plaza de la Constitución, formaba antes las importantes calles del Refugio y la Independencia, ha sido designada ahora con el significativo nombre de Avenida del 16 de Septiembre. Por su importancia comercial, por su movimiento y su tráfico, esta línea es rival de su paralela, la gran Avenida de San Francisco, que cruza la ciudad en dirección del histórico Paseo de la Reforma.

Muchas de las casas comerciales más poderosas de la Capital, se encuentran en la línea del 16 de Septiembre. Sobresalen, el colosal edificio del Centro Mercantil, que se ve en el grabado, construcción destinada á despachos y oficinas, cuyo frente llama la atención por las grandes columnas que lo adornan y las cariátides que simulan sostenerlo. Más distante, y superior todavía en mérito arquitectónico, se encuentra el edificio de la Ferretería y

Mercería de Boker, magnífica obra de hermosa cantería blanca y fachadas que miran á las dos calles del Espíritu Santo y á la Avenida del 16 de Septiembre. La esquina de este edificio, artísticamente truncada, luce un hermoso frontis adornado con dos arrogantes columnas de granito azul-rosa. El Hotel Palacio, que es uno de los más suntuosos de la Capital, da también un costado á esta línea, y recorriéndola en toda su longitud, va encontrando el viajero algunos de los mejores restaurants, como el París, el Sylvain, de gran lujo, el Prendes, y enfrente de éste, el gran Hotel del Jardín, uno de los mejores de la República.

Al mediodía ó en las primeras horas de la noche, contemplando el aspecto de esta Avenida desde uno de los balcones de sus hoteles, el movimiento y animación compite con los de cualquier nación extranjera y supera á todas las otras calles de la Capital.



COLONIA JUÁREZ. (Calle de Londres). MÉXICO.

Tal parece que el viajero que circule por las avenidas de este rico suburbio, debe creer, en ciertos momentos, que se encuentra muy lejos de la metrópoli de la República Mexicana, en algún retiro de capitalistas europeos ó americanos. Y así sucede en efecto.

A juzgar por la ausencia del bullicio, por la tranquilidad que reina en estas calles, propicia al descanso y al sosiego del cuerpo y del espíritu, diríase que esto pertenece á uno de esos barrios retirados aristocráticos de Ginebra, favoritos de los ricos. Si se atiende á la variedad y elegancia de los edificios, á la profusión de *chalets* levantados á todo costo, y en algunos de los cuales brilla el mejor gusto, creyéramos hallarnos en Viena. Y recorriendo los anchos boulevares que ya hermean largos tramos de la Colonia Juárez, cruzando los jardines de las fincas, y espaciando la mirada por los alrededores cubiertos de vegetación,

no es imperfecta la ilusión que podría hacerse cualquiera de que se encontraba en uno de los quietos, pacíficos y elegantes *Pasbourgs* de la capital parisiense.

De lo que menos tiene aspecto la Colonia, es de pertenecer á la vetusta ciudad de México: nada de antiguos caserones coloniales, nada de escudos esculpidos en los portones, ostentando orgullosos torreones y coronados con magníficas coronas. Mucho menos se advierte aquí aquella tradicional incuria, que ha hecho célebres á los barrios menesterosos de la capital mexicana.

Ni siquiera se nota el lujo hinchado, la fastuosidad artificial que reina en el comercio de la mayoría de los puntos céntricos de México. Todo es aquí verdadero *confort*, riqueza sana, comodidades, higiene y "*savoir vivre*."



MONUMENTO Á COLÓN. MÉXICO.

El millonario Don Antonio Escandón regaló á la ciudad de México este hermoso monumento, que se encuentra en una de las primeras glorietas del Paseo de la Reforma.

Se compone de dos cuerpos de mármol rojo, asentados sobre un zócalo de granito circundado de cadenas. Las caras laterales del primero, ostentan en bronce oxidado las armas del genovés almirante, orladas de laureles; una inscripción de homenaje al gran marino; fragmentos de una de sus cartas, y la dedicatoria del donador del monumento, señor Escandón. Sobre las otras caras luce un relieve que representa el Monasterio de la Rábida, y en otra de las caras, la figura del almirante, también en relieve, postrado de rodillas en la playa de la primera isla que descubriera en el Nuevo Continente, dirigiéndose á la Divinidad en ferviente plegaria de gratitud por el feliz resultado de la empresa.

Descansando sobre el primer cuerpo, en los cuatro ángulos del monumento, se encuentran las estatuas de bronce de cuatro frailes ilustres, asociados para la eternidad con el glo-

rioso descubrimiento de las Américas. Son Fray Pedro de Gante y Fray Bartolomé de Las Casas, prelados beneméritos por sus altísimas virtudes, celosos protectores de los indígenas, meritoso como pocos el segundo, que cruzó catorce veces el océano para defender á sus proceres conquistada un puesto digno entre los hombres, derechos á la vida y á la civilización y Pérez de Marchena, y la de Fray Diego de Laza, defensor del proyecto de Colón. La figura de este descubridor inmortal corona el segundo cuerpo: ancha la frente que soñó un mundo nuevo, y majestuosa la actitud: levantando el brazo derecho que señala el Oriente y descorriendo neblinas impenetrables del océano, que ocultó hasta el siglo XV, aquel Nuevo Continente que palpaba entre las olas.